

## **GRUPO EXPERIENCIA DE DIOS**

### **Reunión jueves 18 de marzo de 2021**

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Isabel Donoso, Samuel Yáñez, Luis Oro, Ana María Vicuña, Roberto Aguilera, María Eugenia Góngora, Jorge Costadoat, Valentina Nilo, Carlos Schickendantz, Fredy Parra, Sylvia Vega, Diego Irrázabal, Diego García.

Se integra al grupo María Eugenia Góngora, profesora de literatura en la Universidad de Chile, a quien damos la bienvenida.

Por tratarse de la primera reunión del año, aunque se propone una lectura, suele ser una reunión más bien miscelánea. Comenzamos recordando lo que hicimos el año pasado, que fue significativo para el grupo al compartir un examen personal de cómo percibía cada uno a la Iglesia y su relación con ella, en un contexto inédito como lo ha sido la conjunción de la crisis social y la pandemia del COVID 19. Consultados ahora si percibíamos signos alentadores para el tiempo que viene, las respuestas afirmativas no dejaban de estar acompañadas de perplejidad por el modo en que lo que nos hace perseverar en la vida coexiste con signos de muerte también poderosos. Sin que el motivo fuera el COVID, varios entre nosotros compartieron experiencias recientes en que la muerte lo circundaba todo: la repentina e inesperada partida de una compañera de colegio; la muerte, igualmente inesperada de un joven sacerdote muy querido entre quienes lo conocían<sup>1</sup>; la imposibilidad de despedirse de unas y otros; el haberse tenido que hospitalizar algunos de entre nosotros unos días por cuestiones menores, pero permaneciendo en ambientes donde se puede percibir el agotamiento de los trabajadores de la salud, el miedo o la soledad de los enfermos; la experiencia de cuidar a nuestros propios padres, ya muy viejos, deseosos de vivir pero al mismo tiempo cansados; la mujer que hace aseo en la casa y que envía remesas a Perú para que allá puedan comprar oxígeno; la muerte de niños por balas locas en la periferia de Santiago, o del niño Tomás Bravo, durante el verano... En fin, la muerte puede tocar a cualquiera en cualquier momento y de cualquier manera.

Y luego, está la desconcertante conjunción de luz y tiniebla: una colega que a consecuencia de una enfermedad tiene una mínima expectativa de sobre vida y aun así continúa dando hora a sus pacientes (... el conato ...); personas que en medio de necesidad extrema se aglomeran en un mall para adquirir zapatillas de marca a muy alto precio; ollas comunes financiadas por narcos; el aumento de muertes violentas entre jóvenes, aparentemente por ajustes de cuentas entre pandillas; la discusión acerca de si compartir o no vacunas con otros países cuando nuestra seguridad depende de que nuestros vecinos también tengan éxito (mientras estamos expectantes acerca de cómo podrían afectarnos nuevas cepas del virus surgidas quizás dónde).

---

<sup>1</sup> Se trata de Matías Valenzuela SS.CC. En la despedida que se le brindó en Merlo-Moreno, Buenos Aires, donde estaba destinado apostólicamente, se leyó un texto suyo dedicado a la hermana muerte, "Compañera de viaje": <https://www.youtube.com/watch?v=-61t-BIrvJU>

EL proceso constituyente es una oportunidad de producir un tiempo y espacio protegido para una conversación serena y constructiva. Pero lo que se advierte como tonalidad predominante es la odiosidad; el sacarse en cara todo tipo de tejados de vidrio; el sentirse autorizado para lanzar la primera piedra; el complejo de superioridad moral; una fragmentación de la que se participa indolentemente olvidando que hay que juntar 2/3 para sacar adelante la tarea. Hay expresiones de violencia que, aparte del daño directo y evidente, resultan ininteligibles (como el incendio del museo de Violeta Parra). Y un individualismo que ha echado raíces profundas: todos los datos disponibles muestran que para la mayoría la jubilación va a significar pobreza si depende del ahorro individual, pero aun así hay una mayoría que rechaza a priori la posibilidad que haya redistribución en un sentido solidario; el espectáculo de la Plaza Brasil, donde contrasta un cierto civismo político con un visible descuido de las precauciones sanitarias necesarias para cuidarnos unos a otros.

### **Dos parábolas**

Ya en reuniones anteriores hemos recaído en la pregunta trascendental en tiempos de desconcierto: “¿Pa’ donde revolver los ojos?”. El listado anterior podría ser muy deprimente, y sin embargo, las estirpes condenadas a cien años de soledad buscan su segunda oportunidad sobre la tierra, como dijera García Márquez. Nuestra experiencia creyente pareciera encontrar dónde resistir en intersticios en los que Dios no está ausente ni callado, sino que es fiel y acogedor. Es una esperanza con los pies en la tierra y no arriba de una nube. La muerte es un misterio que excede nuestra capacidad de decirla, pero nosotros también experimentamos al Dios vivo que acompaña en la posibilidad que nos damos de vivir no en la pura impotencia, sino en la apertura capaz de contener y abrazar, de condolerse y también de celebrar las expresiones porfiadas de la vida en condiciones de vulnerabilidad compartida. O, como fue dicho en reuniones anteriores, es María bajo cuyo amparo toda la humanidad se encuentra unida en tiempo real, aliviando la angustia, dando consuelo. Por ejemplo, este mismo grupo es vivido como formando parte de “la mitad llena del vaso”. Quienes pudieron tener un tiempo de vacaciones fuera de la ciudad han valorado el goce que supone nada más que la gracia de estar vivos, la posibilidad de una vida más sencilla y elemental junto a las personas que queremos.

Uno de nosotros recopiló dos historias, en el Altiplano peruano y en el Sur de Chile, con grandes coincidencias entre ellas: En medio de una gran comida para celebrar a la divinidad, se presentó una persona muy pobre y las cocineras le dieron de comer con generosidad, y sólo después reconocieron que se trataba de Dios mismo que bendecía su fiesta. Otro se despachó con otra parábola escatológica: Un finado de nombre Pericles llegó a las puertas del cielo, y san Pedro le preguntó si le gustaba el congrio frito. Temiendo que pensara que era propenso a la gula, le contestó que no y san Pedro lo envió al infierno por tonto. Llegado al infierno, don Sata le hizo la misma pregunta y obviamente respondió que sí, y lo mandó de vuelta al sitio de donde había venido, y como ya tenía cerradas las puertas del cielo, y el papa había dicho que el purgatorio no era un lugar de dimensiones espaciales, ahí anda el pobre Pericles errando como alma en pena. MORALEJA: No hay que dejar de poner ojo en lo que estamos gozando, en el mucho aprendizaje constructivo que va a quedar como herencia

después estas crisis<sup>2</sup>. O, dicho de otro modo: No pidamos a Dios “Tiempos tranquilos”, pidámosle a Dios la suficiente fuerza para vivir lo que quiera que sean los tiempos que nos toca vivir bajo la convicción que la muerte, que no vamos a rehuir, tampoco tiene la última palabra. Como dijo alguna vez Miguel Angel Ferrando: “Tiempos actuales, tiempos difíciles”, pero, eso sí, con Dios de nuestro lado.

## **GRUPO EXPERIENCIA DE DIOS**

### **Reunión jueves 22 de abril de 2021**

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Isabel Donoso, Samuel Yáñez, Carlos Schickendantz, Fredy Parra, Diego Irrázabal, Cristina Bustamante, Viola Espínola, Jorge Costadoat, Ana María Stiven, Sylvia Vega, María Eugenia Góngora, Juan Pablo Jiménez, Diego García.

Compartimos un texto escrito por Diego Irrázabal<sup>3</sup>, quien nos contó detalles de su propia experiencia en el Altiplano del Perú acerca de cómo se asume la muerte. La conversación que tuvo lugar a continuación puso de manifiesto que se trata de una dimensión humana que suscita percepciones muy contrastantes, difícilmente subsumibles en un principio o criterio unificador. Por eso este recuento mostrará esas distintas piezas sin pretender de momento encontrar para ellas un único hilo conductor.

**La muerte, una estación de tránsito al interior del ciclo de la vida:** El testimonio de Diego Irrázabal nos llevó a la afirmación de la existencia de imaginarios alternativos respecto de la muerte. Por ejemplo, la afirmación de la continuidad entre la vida y la muerte, y ésta como una estación de tránsito hacia una dimensión trascendente donde la identidad y la pervivencia del difunto perduran. Se hizo alusión a otras regiones aparte del Altiplano, como Irlanda o Vietnam, donde la muerte es objeto de una conmemoración festiva y/o de un acompañamiento del difunto en su transición a otra etapa de su existencia. En el caso de la experiencia narrada por Diego, hay una afirmación de la continuidad entre el alma, el cuerpo y la tierra, tal que la despedida del difunto supone la reafirmación de la continuidad de los ciclos de la naturaleza. Por ejemplo, el difunto es enterrado donde mismo se siembra, o en su despedida se preparan los alimentos que más le gustan para que no le falten en su viaje a esta nueva etapa, o se le transmiten muchos recados para que los comunique a otros difuntos que han partido antes, o en el velorio se provee de una copita de licor sobre su ataúd mientras los deudos conversan en recuerdo suyo, entre otras características de una variedad de ritos mortuorios. La comunicación con el difunto no se interrumpe, y huellas de eso hay en nuestra propia experiencia de encomendarnos a los ancestros (como pequeños dioses domésticos), por ejemplo, para pedir que dispensen su protección a la primogénita que ha dejado el hogar paterno. Todo ello contrasta con nuestra habitual negación de la muerte, expresiva en las ornamentaciones que acompañan a la industria funeraria. Hay otras diferencias, que

---

<sup>2</sup> Ver la columna de Jorge Costadoat “La vida tras la pandemia”, El Mostrador, 18 de marzo de 2021. <https://www.elmostrador.cl/destacado/2021/03/18/la-vida-tras-la-pandemia/>

<sup>3</sup> Una versión más extensa del texto de Diego Irrázabal, “Morir y resucitar en una tradición popular”, Revista *Concilium* n° 318 (2006), pp. 27-36.

expresadas conceptualmente dejan de manifiesto diferencias abismales, como nuestro sentido común más dualista (el alma separada del cuerpo, la discontinuidad entre el difunto y los ciclos naturales, entre otros rasgos)<sup>4</sup>.

Lo recién mencionado da cuenta de visiones más bien positivas y consoladoras de la muerte, como culminación del itinerario de una vida que luego de vivida alcanza un estado de paz, y que es asumida por los familiares y amigos como celebración y acción de gracias por alguien de quien se puede decir con alguna satisfacción “misión cumplida”, lo que mitiga cuanto hay de pérdida en el morir. Una visión de esto puede observarse en “El pueblo de los molinos de agua”, fragmento incluido en los “Sueños” de Akira Kurosawa<sup>5</sup>, o en el poema de Matías Valenzuela SS.CC. que nombra a la muerte como “compañera de viaje “ y “amante”<sup>6</sup>.

**La muerte como vida truncada:** Sin embargo, muchos en la reunión plantearon las variadas experiencias en que la muerte no tiene nada de amable –salvo para el que tiene una fe de carbonero que lo sostenga- y que nos deja atónitos: el asesinato de un niño; el suicidio de un joven; los enfermos que agonizan en soledad (o incluso el hecho de tener que ser testigo presencial de eso, como acontece ahora con quienes están hospitalizados en un régimen de aislamiento); la imposibilidad de la despedida; las familias que buscan sin encontrar a sus desaparecidos. Casos como estos, y tantos otros, despiertan interrogantes sombrías acerca de la posible inexistencia de un después, la pérdida esta vez definitiva y sin remedio. De ahí quizás el empeño puesto en diversas estrategias con las que se busca driblear momentáneamente lo que parecería ser ese dato duro y adverso de la pérdida definitiva: orgías maníacas, partir al Quitapenas, conservar los objetos domésticos del difunto, o incluso algunos ritos funerarios en los que se come del cuerpo del difunto para confundirse con él y perpetuar su presencia entre nosotros.

Hay algo que habría terminado tanto para quien ha partido como para quienes le sobrevivimos. De estas dos perspectivas, la comprensión de la primera está fuera de nuestro alcance hasta no morir nosotros mismos, y la segunda tiene también dos caras para quienes sobreviven: Acompañar al que está partiendo, y más tarde convivir con su recuerdo, y, luego, advertir que, como otras dimensiones de la vida humana, la muerte también es un proceso personal, algo que se vive “en gerundio” en primera persona, un saberse transitando cada uno hacia su propia muerte y un “llorarse a sí mismo”.

**Perspectivas en curso:** El desarrollo de la reflexión sobre estos procesos y significados contrastantes permitió formular un juicio crítico sobre ciertas figuras tradicionales. Por ejemplo, al papel que desempeñan muchos sacerdotes en las despedidas de los difuntos, que predicán de maneras muy desatinadas, como si pretendieran administrar con certezas impostadas este momento radical de la vida de una familia o una comunidad. Sin embargo,

---

<sup>4</sup> Hubo una observación a propósito del contraste entre imaginarios indígenas y visiones más occidentalizadas en otros fenómenos de la vida. Por ejemplo, la menopausia que entre nosotros es aludida de un modo denigrante, en culturas indígenas es considerada señal de madurez y sabiduría.

<sup>5</sup> La ficha técnica de *Los Sueños de Akira Kurosawa* en <https://www.filmaffinity.com/cl/film377578.html>. El fragmento correspondiente al Pueblo de los Molinos de Agua en <https://vimeo.com/38211335>

<sup>6</sup> La lectura del texto de Matías Valenzuela se encuentra en <https://www.youtube.com/watch?v=-61t-BIrvJU>

también se mencionó la importancia de ser bien acompañados en los casos de pérdida. Como conclusión provisional, pareciera que lo que debe ir quedando atrás es la figura del mediador (que representa personalmente a la divinidad), y se eleva como mejor posibilidad la de un acompañamiento en que se comparte la misma perplejidad y esperanza, o un rito litúrgico donde el protagonismo lo tenga más la comunidad que el celebrante.

La Iglesia ha sofocado dos momentos: El sábado santo y la resurrección. Estamos muy centrados en la muerte en la cruz y en el sepulcro, pero a continuación la ansiedad por llegar pronto a la certeza de la resurrección también nos hace omitir el proceso del duelo, de aceptar la pérdida para luego poder dar continuidad a la vida de una manera positiva. Todo lo cual es “de la más humana condición”: Es difícil dejar partir a otros, es difícil aceptar la propia muerte y aceptar el término de una vida que es triste dejar porque también ha sido muy bonita. No es fácil forjar una expectativa de la muerte que se pueda esperar con curiosidad y regocijo.

En nuestra reunión anterior se mencionó el caso de una persona con un pronóstico de sobrevivida muy breve y que seguía atendiendo sus pacientes. En el intertanto entre nuestras dos reuniones, esta persona falleció. Increíblemente, su familia no había advertido su deterioro físico y su muerte los tomó por sorpresa. Con todo, ella dejó mensajes de despedida para sus pacientes, y éstos testimoniaron la mucha ayuda que recibieron de ella para el camino que fueron haciendo. Esa memoria agradecida tal vez es una experiencia que cabe considerar como de resurrección.

## **Grupo Experiencia de Dios**

### **Centro Teológico Manuel Larraín**

#### **Reunión jueves 27 de mayo de 2021**

Participan: Isabel Donoso, Diego Irrázabal, Fredy Parra, Samuel Yáñez, Jorge Costadoat, Luis Hernán Errázuriz, Carlos Schickendantz, Luis Oro, Ana María Stiven, Viola Espínola, Ana María Vicuña, Juan Pablo Jiménez, Diego García.

**Comentario al acta de abril:** Existe en Netflix una serie documental. “La última palabra”, que muestra cómo es que la experiencia de la muerte –su manera de acontecer para la persona y quienes lo rodean, la indagación de su significado- constituye un “radical antropológico” incluso en sociedades altamente secularizadas.

#### **Resultados electorales del proceso constituyente**

Hubo mucho interés en el grupo por dedicar la reunión a comentar el resultado de las elecciones del 15 y 16 de mayo, particularmente el de la convención constituyente. En general, los resultados de la misma fueron recibidos con esperanza, porque se advierten signos y actitudes alentadores que tienen una posibilidad cierta de prosperar en medio de otras tendencias que podrían considerarse menos halagüeñas, y en un escenario en que día a día se produce bastante ruido, cuál más disonante, como ocurrió apenas tres días después con la fallida inscripción de primarias presidenciales de la coalición Unidad Constituyente, que dio mucha vergüenza.

Por ejemplo, en esos días se comentó bastante la intervención de Daniel Stingo en televisión (elegido con primera mayoría nacional), quien, teniendo bastante razón en el fondo, fue traicionado por lo que parecía ser su rabia y se manifestó, en la forma, de una manera que no se condice con lo que desearíamos fuera el espíritu de la convención. Se echó de menos que fuera magnánimo en el triunfo. Por otro lado, se valoró positivamente a convencionales electos como Patricio Fernández, que encarnan una disposición a la escucha y el diálogo constructivo, y en su caso, un sentido visceral de compromiso porque este proceso resulte bien. Se nombraron varios convencionales electos que encarnan esa disposición: Politzer, Squella, Baranda, Atria, Bassa. Aparte, convencionales menos conocidos que han expresado el sentido de responsabilidad y de humildad que les ha sobrevenido, el experimentar que “no se la pueden solos”. Hay una necesidad de suscitar un buen ambiente, es allí donde afloran mejores ideas, cuando se deja espacio para la calidad humana más allá de las habilidades para las relaciones puramente estratégicas y el lenguaje de la crispación.

Por otro lado, habiendo tanta discusión sobre si es posible o no una “racionalidad colectiva”, hubo amplio consenso en estimar que los resultados eran bastante sabios, dan cuenta de la diversidad de un país más real y menos configurado a imagen y semejanza de las elites santiaguinas. Obró la astucia de la razón, pues hizo de la fragmentación del escenario político una representación ojalá virtuosa del Chile plural que es cada vez más visible. Mucho de esa sabiduría estuvo en las reglas que obligaron a la paridad de género y a una representación primeriza de los pueblos indígenas, pero las innumerables candidaturas independientes, y su inesperado gran éxito electoral han hecho el resto. El que nadie presuma de contar con el tercio que le permita un desmesurado poder de veto fue muy bien recibido, todos estarán obligados a dialogar y buscar acuerdos.

Otra cuestión muy apreciada es que no se minimiza el conflicto, pero se lo institucionaliza. Quienes recurrieron a la retórica de “rodear la convención” resulta que ahora están dentro de ella. Hay que cuidar que los convencionales no se aislen y disocien del conjunto de la sociedad, y procurar una buena interlocución con ella, pero es significativo que la “Plaza Italia” no será espectadora del proceso, sino que tendrá la expresión numerosa de quienes se atribuyen su representación, lo que los hace co-responsables de sus resultados.

Se echa de menos en los derrotados un reconocimiento de su derrota, y del final políticamente catastrófico de un ciclo que encarnó un proyecto de refundación del país con logros económicos a altísimo costo político, social e incluso moral. Han aflorado sus miedos atávicos, muchos de los cuales se los han creado ellos mismos. Es de esperar que no predominen actitudes defensivas, sino un espíritu de apertura a considerar –incluso con algo de curiosidad- de más de una manera la visión del país, de sus gentes y sus necesidades.

Entre los miembros del grupo, hay un sentimiento emocionado de estar viviendo un momento histórico, que podría cerrar un ciclo de cuarenta años que consumió buena parte de nuestras biografías, a veces bajo un régimen que truncó muchos proyectos personales. Hubo quien recordó haberse manifestado contra la constitución ya el mismo año 1980 (de seguro no era el único en nuestra reunión), y, en consecuencia, con poder estar viviendo esto ya se da por pagado. Y, por otra parte, una conciencia vigilante y preocupada que este proceso se da en medio de una mega crisis (sequía, pandemia, estallido social, hundimiento del sistema político, una situación emocional colectiva muy volátil) que pide un espíritu de reconstrucción en diversos órdenes de materias que será exigente.

### **Los cristianos y los procesos constituyentes: ¿Una CC también para la Iglesia?**

Varios observaron si acaso la Iglesia podía aportar a este camino. La conversación permitió dar vuelta la observación para afirmar que no debíamos esperar que la Iglesia en su expresión institucional sea la portavoz preferente de ese aporte. Dicho de otro modo, al observar a los convencionales electos, es probable que la Iglesia, en las múltiples expresiones que contiene el Pueblo de Dios, está dentro de la convención ahora mismo, de manera diversa. Y se puede animar desde afuera a que todos converjan hacia ciertas ideas fuerza primordiales<sup>7</sup>: Las bienaventuranzas de un país donde el cuidado mutuo tenga una presencia muchísimo más fuerte que el actual individualismo rampante<sup>8</sup>; donde nos tratemos con más respeto y cariño; que tengamos un mayor diálogo entre la experticia y el sentido común; una mayor humildad para escuchar lo que el otro tenga que decirnos, en lugar del atrincheramiento en las respectivas tribus que viven con piloto automático contentas de escucharse decir a sí mismas siempre el mismo cuento tranquilizador, por más alienado de la realidad que pudiera terminar siendo.

Otra observación interesante y bienhumorada fue acerca de las responsabilidades de nuestra generación, que está en camino de salida, que le corresponde ir entregando el testigo de la posta a la generación siguiente, y que a veces se comprueba a sí misma mirando la realidad desde un lugar o paradigma que a lo mejor está superado, con nostalgia de un tiempo que no volverá a ser. Al menos, nos cabe la responsabilidad de tender puentes y transmitir la experiencia de lo vivido a quienes no pudieron vivirlo por ser más jóvenes, y exhortarlos a que abandonen la tentación de pensar que la historia comienza con ellos y desde cero.

Aprovechando ese impulso, se planteó si acaso no podría la propia Iglesia vivir un “proceso constituyente” análogo al del país, lo que, con otras palabras, ha sido una preocupación recurrente de nuestro grupo a lo largo del tiempo. Una observación coincidente con el proceso nacional es la de la distancia con quienes tienen que tomar el relevo. ¿Cómo es la experiencia de la fe de nuestros hijos, sobrinos o alumnos? Pareciera ser muy distante, no hay “tradicción”

---

<sup>7</sup> La reunión estuvo precedida de la lectura de una columna de Jorge Costadoat publicado en la víspera en El Mostrador, “Cristianos en la convención constitucional”,

<https://www.elmostrador.cl/destacado/2021/05/26/cristianos-en-la-convencion-constitucional/>

<sup>8</sup> A propósito de esto, se sugirió la presentación de Julia Kristeva en 2011 en Puerto Ideas, en que, como hija de la Ilustración la veía agotada, y abogó por una recuperación de las raíces cristianas, encarnada en la figura de Teresa de Ávila, expresión de una maternidad sin hijos. Ver su conferencia, donde aborda otras figuras intelectuales femeninas como Hannah Arendt, Melanie Klein y Colette, en <https://puertodeideas.cl/es/mediateca/el-genio-femenino/>

(en el sentido jurídico de traspaso o entrega) de la fe a la siguiente generación, no hay recepción de la misma por ella. ¿O es que su experiencia religiosa es tan distinta de la nuestra que tal vez no la estamos viendo, parte de la cual tal vez sí ha sido heredada de nosotros sin advertirlo bien?

Algunos sienten que están “fuera” de la Iglesia, en el patio de los gentiles; otros consideran que hay que tejer lazos, pero sin institucionalizarlos; más allá, los que defienden que hay que domesticar los egos y escuchar y comprender los temores de otros antes que juzgarlos. Pero hay quien sostiene que nuestra experiencia no está “fuera” sino en el epicentro de la Iglesia. Para varios en el grupo, la nuestra es una experiencia conjunta de fe-duda, y en este lugar eso no queda fuera, sino que es acogido con un estatus de ciudadanía plena. La cuestión es si somos capaces de irradiar esta misma experiencia más allá de sus propios límites, cada uno en su ambiente, tratando o no que esto impacte en la Iglesia institucional. Los diferentes procesos sinodales en marcha actualmente –a nivel arquidiocesano, continental y mundial con vistas al Sínodo de los obispos de 2023- guardan alguna analogía con el proceso constituyente por el interés en que la sinodalidad se exprese de manera sustancial. Que nuestras conversaciones puedan integrarse a o no a esos procesos formales suscita dudas o alguna reticencia. Tal vez la condición experimental que ha caracterizado nuestra conversación precisa de un ámbito informal, sin el agobio de las premuras institucionalizadas. Como dicen los periodistas, “noticia en desarrollo”<sup>9</sup>.

## **Centro Teológico Manuel Larraín**

### **Grupo Experiencia de Dios**

**Jueves 17 de junio de 2021**

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Isabel Donoso, Diego Irarrázabal, Jorge Costadoat, Ana María Stiven, Ana María Vicuña, Fredy Parra, Viola Espínola, María Eugenia Góngora, Juan Pablo Jiménez y Gabriela, Carlos Schickendantz, Diego García.

Luis Hernán Errázuriz preparó una presentación, principalmente de pintura, relativa a la muerte, y particularmente centrada en diversas representaciones de la muerte y resurrección de Jesús, a continuación de la cual tuvo lugar nuestra conversación. En esta oportunidad, quedó de manifiesto una enorme diversidad de significados que la muerte y la expectativa de la resurrección suscita en el grupo, entre otros motivos porque las muertes no son todas iguales, sus diferencias son muy significativas. La conversación oral no sólo es una manera de comunicación y de convivencia entre nosotros. En esta oportunidad, también mostró su versatilidad como método de indagación acerca de esta experiencia humana tan inasible. Las

---

<sup>9</sup> Para conocer el proceso de Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe, se puede visitar el sitio <https://asambleaecclesial.lat/>. Para el detalle de cómo participar, incluso a título individual, ver en <https://asambleaecclesial.lat/modalidades-de-escucha/>

diversas opiniones no cuajaron en algún punto de vista ampliamente compartido, y provisionalmente se pueden resumir en las siguientes:

***Diversas maneras de la experiencia de la muerte:*** La representación de los significados de la muerte está muy condicionada, para cada uno, por las experiencias que hemos tenido de la misma. Estas pueden ser muy diversas. No es lo mismo el término sereno de una vida bien vivida que da lugar a una acción de gracias sincera, que esas muertes masivas y violentas en que los difuntos se hunden en el anonimato sin dejar huella alguna, como en *Los fusilamientos del 3 de mayo* de Goya, o en *El triunfo de la muerte*, de Grunewald<sup>10</sup>, o como podría suceder en tantas tragedias naturales.



Distinta es la experiencia de acompañar la muerte siendo adultos, más preparado para verla llegar y digerirla, que siendo niños, en que es una pérdida tremenda difícil de entender y de aceptar, lo que fue comentado a propósito de la representación de niñas en la *Madre infeliz* de Goya, o en *Madre muerta* de Munch. En fin, hay muertes que nos parecen sinsentidos, o crueles, o injustas. Hay muertes que son muy próximas y suponen pérdidas personales o

---

<sup>10</sup> Un documental chileno de los últimos años, *El patio* (2016), dirigido por Elvira Díaz, registra el testimonio de trabajadores del Cementerio General de Santiago que fueron obligados a enterrar como NN, en una fosa común, a ejecutados políticos en octubre de 1973. Estos trabajadores narran por primera vez estas vivencias a un trabajador más joven del cementerio. El documental no queda fijado en este caso de violación de los derechos humanos, sino que se abre a una observación más amplia de este oficio de hacerse cargo de difuntos y cuidarlos. Ficha técnica del documental: <https://cinechile.cl/pelicula/el-patio/>

soledades, que conmocionan la biografía personal, en que predominan emociones desde la tristeza hasta la culpa o la rabia, como en la *Elegía a la muerte de Ramón Sijé*, de Miguel Hernández<sup>11</sup>. Esa rabia pareciera dejar al trasluz el que pareciéramos creer que la vida –propia o ajena- es un derecho y que morir fuera la privación ilegítima de ese derecho, expresión de una ausencia de tolerancia a la frustración o del sentido de nuestra propia finitud ( más aún si comparamos esa finitud con la inmensidad del cosmos).



***Esperanza y apuesta:*** El significado de la muerte es, por antonomasia, un caso de creencia de lo que no hemos podido saber a ciencia cierta. Hubo muchas conjeturas sobre las expectativas que tenemos respecto de lo que sobreviene a la muerte. Por ejemplo, hubo más de una opinión en orden a que la resurrección del cuerpo no es definitiva de esa expectativa. Sin embargo, sí había expectativa de la posibilidad de re-encuentro con los seres queridos, y con aquellos que nos antecedieron y con quienes habrán de sucedernos. Una vivencia que también fue recurrente fue la de sostener la importancia de la esperanza como un motor que nos impulsa a perseverar en la construcción de una vida con sentido: ¿Podríamos comenzar el día sin alguna esperanza que nos movilizara, por pedestre que fuera?

A continuación, ¿sabemos si Dios existe y si sus promesas se han de cumplir, particularmente la de su triunfo sobre la muerte? Una respuesta modesta –aunque no necesariamente compartida como satisfactoria por todos- se inscribía en la opción de pensadores como Pascal o William James: Entre creer y no creer en Dios y sus promesas, era preferible creer, pues no hacerlo nos exponía a la posibilidad de errar en la increencia, más grave que la de errar en la creencia. Pero esta creencia, en cierto modo “táctica”, no nos conformaba del todo.

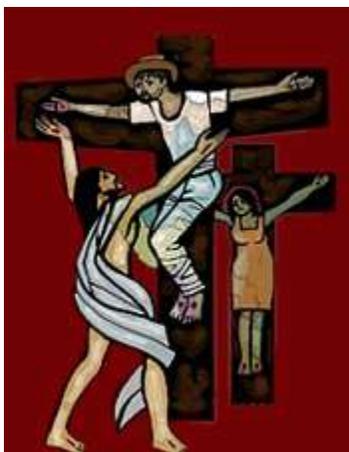
***Jesús se ha identificado con nosotros:*** Otra opinión que se manifestó en más de una ocasión, es que ante lo temible de la muerte y la certeza de que es lo que nos espera, el Dios en que creemos no es uno que nos abandona en ese trance sino que se identifica con nosotros, nos acompaña, no nos deja solos. Jesús comparte en la muerte con nosotros, no se hace el lesa.

---

<sup>11</sup> <https://clublecturacastellnovo.wordpress.com/2013/07/09/analisis-poetico-elegia-a-ramon-sije-de-miguel-herandez/> . Por cierto, este poema de Miguel Hernández ha sido difundido, también, musicalizado por Joan Manuel Serrat.

Una pintura de Grunewald, *La crucifixión*, muestra el torso de Jesús con numerosas pequeñas llagas, que no representan esta vez el castigo recibido de la guardia, sino las lesiones propias de una peste que se produjo en la época en que el cuadro fue pintado como encargo para un hospicio de los monjes de San Antonio cerca de Estrasburgo, que acogía a los enfermos por dicha peste. En una línea parecida –Jesús se solidariza con nuestros padecimientos, por más terribles que sean, y no nos abandona- se mencionó una pintura que ilustra la portada de un libro sobre Cristología de la Liberación, *Bajar de la cruz a los pobres*, de la Comisión Teológica Internacional. Incluso admitiendo que la muerte nos asusta, hubo una opinión muy nítida para sostener la fidelidad de Jesús con nuestra condición, incluso –de hecho, sobretodo- cuando se trata de una condición sufriente en extremo, y en general de todo aquello que supone una cultura de la muerte. En consonancia con esto, tal como Jesús se mantiene fiel con nuestro padecimiento, nuestra fidelidad a Jesús habría de traducirse en ayudarlo a bajar de la cruz a todos los crucificados de la historia. Es decir, mantener esa rebeldía ante la injusticia es una forma de poner en obra signos de resurrección en medio de nuestra vida. Pero no sólo ante la injusticia se ejecutan signos de resurrección. Más en general, todo cuanto hagamos para acompañar, dar consuelo o cariño en el dolor de otro, sería un signo concreto que anticipa el triunfo de la vida sobre la muerte. En las profesiones de cuidado esta oportunidad se muestra más cotidianamente, pero no es privativa de esas profesiones, sino que es una posibilidad humana universal.





***Resurrección ... ¿y sucedáneos?:*** Ante el enigma de lo que sobreviene a la muerte, una idea que fue mencionada por varios fue la del recuerdo y la memoria en contraposición con el olvido. Entre los antiguos, en Grecia y Roma, el ser recordado era lo más próximo a pervivir. En un sentido más concreto, está la prolongación biológica o material, de perdurar en una descendencia o en las obras que hicimos y que nos sobreviven. Haber vivido para otros, y ser conmemorado por ellos a lo largo del tiempo, se planteó como conjetura respecto de un posible modo de sobrevivir, de no haber vivido ni muerto en vano. Un cuadro de Munch, *Metabolismo*, muestra un árbol cuyas raíces emergen de osamentas humanas bajo la tierra. Una experiencia parecida fue mencionada a propósito de la manera en que en la embajada de Italia en Chile se guarda memoria de Lumi Videla, asesinada por la DINA en 1974 y cuyo cuerpo fue arrojado al interior de la embajada pretendiendo hacer un montaje que hiciera creer que había sido asesinada por sus propios compañeros políticos que estaban asilados allí. En la embajada se plantó un olivo en su recuerdo, y ese olivo ha permitido la producción de aceite (“Luminoso; Oliveto della memoria”) que se regala como conmemoración de la dignidad de la víctima de ese crimen.



Sin embargo, esta idea de la resurrección como el mantenerse dentro de la cadena de la vida orgánica fue considerada como un magro premio de consuelo. La resurrección parecería que la entendemos como un momento de re-encuentro personal con aquellos de quienes la muerte nos había separado. Esta otra continuidad, orgánica o incluso sólo simbólica, no equipara la expectativa del re-encuentro y el abrazo personal, que parece ser el sentido más pleno y ambicioso en que nos representamos la resurrección.

## **Centro Teológico Manuel Larraín**

### **Grupo Experiencia de Dios - Jueves 15 de julio de 2021**

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Isabel Donoso, Samuel Yáñez, Carlos Schickendantz, Ana María Vicuña, Viola Espíndola, Jorge Costadoat, Sylvia Vega, Diego García.

La lectura de algunos fragmentos de Ernesto Sábato, ocasionados por la muerte de su hijo Jorge, propició una conversación exigente respecto de nuestra percepción de la muerte, particularmente en las circunstancias sanitarias actuales. En el caso de Sábato, los textos representan momentos distintos en la vida del escritor. En los textos más tempranos, la pérdida del hijo se traduce en una suerte de anonadamiento y de protesta hacia un Dios que permite dolores semejantes. Los textos posteriores, en cambio, muestran una conciencia que está reflexionando la proximidad de su propia muerte y un atisbo de esperanza al reconocer la presencia de Dios –aunque remoto y oculto- en pequeños signos que son “una pausa de amor entre la fuga de las cosas” (Cernuda). Cita a Simone Weil (“El sufrimiento es la superioridad del hombre frente a Dios. Fue necesaria la encarnación para que esa

superioridad no resultara escandalosa”) y propone una perspectiva en la que, al mirar la vida en su conjunto como una totalidad, y desde la experiencia de saberse seres necesitados, se persiste en la búsqueda de indicios de una eternidad en que podamos recuperar el abrazo de quienes partieron y cuya ausencia nos había sumido en una tristeza tan sin remedio. Así pues, los textos posteriores de estas reflexiones de Sábato son las de quien se asume como moribundo, es decir, quien entiende su vida como proceso o tránsito en la fragilidad y también como proyecto, con mirada escatológica en el reencuentro futuro.

En los textos donde se acentúa la protesta del escritor, éste reclama a “los teólogos que escriben miles de páginas para justificar tu ausencia [de Dios]”. Este fragmento gatilló una parte de la conversación acerca del sentido del trabajo teológico. Sin embargo, y alterando el orden en que de hecho se produjeron las intervenciones, hubo un desafío al papel de los teólogos, no ya a una teología específica eventualmente errónea, sino a la teología en su conjunto como oficio, que pretende que la muerte es una experiencia que se puede solventar razonando (“... dando razón de la fe...”), sin advertir que se la acompaña desde dimensiones inefables como lo son el misterio y el milagro. En efecto, cuanto hemos vivido el último año y medio, nos ha enseñado a poner entre paréntesis la protesta en contra de un Dios que nos niega a nuestros seres queridos a cambio de la promesa hipotética de la recuperación futura de aquellos abrazos perdidos. En el conflicto que se ha declarado entre el amor y la muerte, la pandemia, que nos ha hecho descubrirnos como seres continua y progresivamente moribundos, desafía a la manera cómo vivimos nuestro hoy, mucho más perentorio que la esperanza de reencontrarnos en el futuro con quienes han partido. En efecto, es hoy día cuando la necesidad de quienes nos rodean interpela a decidir qué hacer, y no tan sólo qué esperar. Velar el sueño de una amiga que se está despidiendo paulatinamente; exponerse a la enfermedad al cuidar del hermano enfermo a quien los médicos no saben cómo diagnosticar y cuya recuperación los deja tan perplejos como su enfermedad, todas estas experiencias ineludibles parecieran superar las posibilidades de una fe entendida como un conjunto de juegos especulativos alrededor de una cierta axiomática. La pregunta y respuesta creyente es mucho más que una cuestión de buena o mala información. Es aprender a estar en el misterio y el milagro.

La defensa de la teología como posible compañera de camino se hizo en dos momentos: Primero, impugnar ciertas teologías específicas, como esas que gastan “miles de páginas en justificar el silencio de Dios”; y luego, proponer que el trabajo teológico sea un esfuerzo por ofrecer un sentido para nuestras experiencias, y no una manera de fugarse de ellas como manera de driblear los dolores de nuestra existencia.

En cuanto a lo primero, se advirtió que efectivamente existen teologías que o bien se desentienden de nuestra experiencia, o bien proponen para ella lecturas atroces. Particularmente, la del Dios retributivo y castigador, el Dios sádico que retiene para sí la atribución de ejecutar a su Hijo para venganza por los pecados del mundo. Este fragmento del obispo Bossuet (1627-1704) es muestra de una visión que no está enteramente erradicada y de la que poco, si algo, se puede esperar de bueno: “Era pues preciso, hermanos míos, que Él cayera con todos sus rayos contra su Hijo; y puesto que había puesto en Él todos nuestros pecados, debía poner también allí toda su justa venganza. Y lo hizo, cristianos, no dudemos

de ello. Por eso el mismo profeta nos dice que, no contento con haberlo entregado a la voluntad de sus enemigos, Él mismo quiso ser de la partida y lo destrozó y azotó con los golpes de su mano omnipotente (...). Lo hizo, lo quiso hacer, se trata de un designio premeditado”. Prima hermana de esta teología perversa es aquella otra que pone en el inocente la culpa por su sufrimiento inmerecido e incomprensible. La crisis de los abusos cometidos por consagrados ha sido pródiga en ejemplos de esto, abusados enviados por su abusador al confesionario.

La tarea de una teología que haga bien al ser humano, toma distancia de esa imagen del Dios vengador cruento, y al hacerse cargo del reproche a su silencio, acentúa que el silencio ha sido más bien el de nuestra responsabilidad por la solicitud que le negamos a la necesidad de las hermanas y hermanos. La teología, entonces pues, no es una fuga de la experiencia sino un esfuerzo por resignificarla en clave de esperanza, y de traer al Dios trinitario al presente en la experiencia de la comunidad fraterna. Las meditaciones de Sábado –una especie de ateo místico-, una vez que dejan atrás la atendible protesta por la pérdida, tornan hacia una comprensión de lo humano como la reunión de las personas que se prestan apoyo mutuo en su fragilidad. No somos personas solas, yo soy yo-y-mis-seres-queridos, de ahí la importancia de la esperanza en el reencuentro futuro, sí, pero también la responsabilidad por el socorro mutuo en el tiempo presente, más allá incluso de la posibilidad que esto pueda ser dicho de modo inteligible en las palabras. Los ejemplos de abnegación que fueron mencionados (cuidar el descanso del moribundo), es pura donación sin cálculo, no es sólo esperar que se cumplan algún día las promesas, sino anticiparlas en las biografías que nos toca vivir a diario. La teología es consciente de la imposibilidad de decir lo inefable, pero de todos modos, siendo el lenguaje un medio de comunicación y vinculación, es una de las maneras en que se hace posible la experiencia comunitaria y compartida, y por eso la suya es una mediación que no se puede desestimar por completo. Queremos entender, para eso no debemos cancelar el recurso razonable a la razón. Pero en contrapartida ella debe ser consciente de sus propios límites y de los peligros de deformaciones y patologías.

Como una manera de conjurar teologías que hacen daño, se propuso que la teología tiene como reto acompañar la vida, mediar nuestras experiencias hasta el límite en que el lenguaje es capaz de decir, contribuir a la posibilidad de una espiritualidad en que conviven el decir y el sentir, y ayudar a mirar el futuro con una esperanza que no sea alienante. En ese sentido, la escatología ha de proponerse ser un humanismo puro. En cuanto a Dios, lejos de ser el padrastro severo y retributivo, recupera la experiencia del Dios papá / mamá, Dios amigo o, incluso en la poesía mística, el Dios amante. Todos estos son Dios, en relación con quien cualquier experiencia humana, por humilde o adversa que aparente ser, se eleva.

N. de la R.; Con posterioridad a la reunión, Cristina Bustamante ha compartido un texto publicado en The Clinic donde, junto a otras personas, comparte la experiencia de su familia en la pandemia y que es muy atingente a nuestra conversación: <https://www.theclinic.cl/2021/08/13/mi-papa-no-es-un-numero-el-llamado-a-honrar-a-los-fallecidos-por-covid-19-en-el-dia-de-la-condolencia-y-el-adios/>

## **Centro Teológico Manuel Larraín**

### **Grupo Experiencia de Dios**

#### **Reunión jueves 19 de agosto de 2021**

Participan: Isabel Donoso, Fredy Parra, Samuel Yáñez, Juan Pablo Jiménez, Luis Hernán Errázuriz, Cristina Bustamante, Sylvia Vega, Viola Espíndola, Jorge Costadoat, Ana María Stiven, Carlos Schickendantz, Ana María Vicuña, Luis Oro, Diego Irarrázabal, Diego García.

#### **Actas del grupo**

Volvió a plantearse el interés por darle una mayor difusión a las actas que el grupo ha ido acumulando a lo largo de los años. Sin embargo, este registro fue descrito en la reunión como de un género literario inclasificable. Ello hace que la decisión de qué hacer con ellas no sea sencilla. Donde existe consenso es en que tienen valor y modestamente pueden contribuir a acompañar el camino de otras personas que podrían estar en conversaciones y búsquedas parecidas a las nuestras, particularmente en estos últimos dos años de tanta dificultad, dolor y sentimiento de pérdida. Debiéramos involucrarnos más con nuestra propia comunidad. Se destacó la importancia de una escritura no necesariamente académica sino más próxima a la espiritualidad, más vital y encarnada. La coordinación del grupo hará una propuesta, habida cuenta además que el tema será parte de la conversación sobre la planificación del Centro para el próximo trienio.

#### **Conversación del grupo**

Se entrecruzaron dos temas. Por una parte, la reflexión sobre la muerte, que retomaba la reunión de julio, y, por otra parte, el desarrollo de la Convención Constitucional, particularmente a partir de algunas intervenciones de su presidenta Elisa Loncón, donde animaba a trabajar desde el amor y la aceptación de la diferencia.

Hubo un punto de acercamiento entre ambos temas, y que se refiere a la importancia de los ritos que permiten hacer memoria, realizar duelos y dotar de significado a la continua elaboración del futuro. La reunión se realizó en la proximidad de una conmemoración de los fallecidos por causa de COVID, iniciativa surgida desde la sociedad civil, y que se realizó el 5 de septiembre. Allí se quiso poner de manifiesto que somos seres con biografía, con conciencia de nuestro trayecto y de ser además seres con proyecto, y uno y otro requieren ser significados para que en la vida vivida y proyectada lo positivo integre las pérdidas y los dolores, como materiales de construcción. En el caso de esta conmemoración de quienes han partido en el último año y medio, es importante que sea un rito público que haga visible a importancia de la solidaridad y del encuentro, el sabernos unos en manos de todos.

En un sentido parecido, las intervenciones de la presidenta de la CC Elisa Loncón han ritualizado un ejercicio de la memoria que en general ha sido considerado como terapéutico y prometedor. Un rasgo muy prominente de la CC es que muestra una diversidad rara vez vista en nuestras instituciones. Esa diversidad podría servir de pretexto para la discordia, cuando se niegan el reconocimiento unos y otros, o se reclama representar alguna superioridad moral<sup>12</sup>. Pero la intervención de Elisa Loncón, invitando a relacionarnos desde el amor que reconoce las diferencias, desde la familia hasta el conjunto de la sociedad, fue interpretada como un llamado estremecedor y puede que largamente esperado, que trae consigo desafíos nuevos. Por mencionar un caso, en la CC se ha podido hablar no sólo en distintas lenguas maternas, sino que dentro de una institución del Estado, se ha hecho memoria de dolores pasados que permanecían soterrados, por ejemplo, al referirse al exterminio de pueblos originarios en la zona austral. La diversidad implica la dificultad de entretener una memoria compartida, pero este reconocimiento de lo que estaba oculto contribuye a una purificación del conjunto de la sociedad y, aunque parcialmente, contribuye a reparar a personas y grupos abusados, pero cuyo maltrato estaba naturalizado.

Otro aspecto que llamó la atención es que la apelación al amor se hiciera desde una sede del poder, y no por un chalado cualquiera que pasaba por ahí. En otras circunstancias, esto habría parecido el colmo de la ingenuidad y hasta podría haber herido el pudor. Y, no obstante, a muchos nos ha conmovido profundamente que puedan pensarse juntos (en una dialéctica que está por esclarecer) el amor y el poder. Valga como recuerdo la lectura que hicimos en el grupo, tiempo atrás, del texto de Román Guridi, analizando el pasaje de Filipenses 2, 5-11 (Jesús no se aferró a su condición divina sino que libremente se hizo servidor nuestro)<sup>13</sup>. Amor, poder, violencia y paz, son cuestiones de las que hacerse cargo si el proyecto país quiere formularse con un mínimo de lucidez. Ese es otro aspecto que ha llamado la atención en muchos convencionales que transmiten un propósito muy explícito de sacar adelante una tarea que requiere de mucha colaboración, en contraste con un tono generalizado de la discusión pública fuera de la CC- que consiste en hacerse zancadillas, pensar sólo en el corto plazo, en relacionarse de maneras puramente estratégicas o instrumentales, en ánimo sectario y hasta tribal.

Por cierto que la CC, como proceso de ensayo y error que está siendo desde el momento que ha tenido que partir enteramente de cero, ha tenido también rasgos que pueden preocupar. A ratos, lo que parece ser una condescendencia con el utopismo y una retórica que mientras más recalcitrante se juzga a sí misma como mejor (por ejemplo, la discusión un tanto escolástica sobre los 2/3, en que no faltaron acusaciones contra la probidad de los adversarios y adjetivaciones hirientes e hiperbólicas). O cierto descuido histórico en la construcción de la memoria (¿nuestro quiebre fue el golpe, la “pacificación” de la Araucanía, los 500 años de conquista y colonización?). En este aspecto surgió la observación en orden a no confundir la responsabilidad con la reparación de las injusticias cometidas hacia otros, con heredar culpas

---

<sup>12</sup> N. de la R.: Tuve ocasión de escuchar a un convencional durante la semana de visita a los distritos, quien dijo que la nueva constitución debe hacerse sin odio y sin violencia, pero a renglón seguido agregó que había “facturas que cobrar”.

<sup>13</sup> Román Guridi, *Ecoteología: Hacia un nuevo estilo de vida*. Ediciones UAH, 2018, cap. III, pp. 195 y ss.

de otros. ¿Somos culpables de lo que no hicimos? No, pero somos responsables de su reparación. Al separar culpa de responsabilidad, se intenta que la deuda pendiente con las víctimas no las encasille en esa condición, sino que permita ensayar el difícil camino de alcanzar una identidad de conciudadanía donde el desacuerdo se considere legítimo y no constituya una agresión o revictimización de quienes han sido víctimas.

Con todo, pareciera que la conflictividad aparente en la CC en parte es fruto de una desinformación hecha a conciencia por algunos. Desde el interior llegan muchos testimonios en cuanto a que el trabajo de las comisiones ha sido ejemplar, colaborativo e intenso, altamente productivo, y que es en el plenario donde se verifican las performances más altisonantes para satisfacer, tal vez, a los propios electores.

Otra preocupación que surgió en la conversación tiene que ver con la aceleración de los acontecimientos y los cambios, que hacen muy difícil proyectarse y comprometerse más allá del breve plazo. Los jóvenes han estado expuestos a una experiencia radical de enfermedad, riesgo y muerte. Algunos traducen todo eso a un presentismo en que se vive sin capacidad de proyectar el futuro (sin lo cual tampoco se salvará al planeta, por ejemplo, tarea que requiere tanta urgencia como paciencia, y sentido del tiempo histórico más allá del tiempo de la propia biografía personal).

Nuestra sociedad incuba fracturas profundas y de muy diverso tipo. El nuevo texto constitucional no basta con que sea técnicamente impecable y bien escrito. Además, debe instar a un modo de convivir inspirado, requerimos de una conversión del corazón para aceptarnos conviviendo constructivamente en un mismo territorio, en una práctica más generalizada de mestizaje. Esto coexiste con una sociedad en constante transformación, que nos desorienta, y que ahora mismo es de alto voltaje. Algunos dijeron sentirse “en jaque”, hay cuestiones que van muriendo sin que terminen de nacer las que van a sustituirlas. Un ánimo generalizado de susceptibilidad ante la presencia de los otros se exhibe como un obstáculo al proceso de sanación que queremos. Pero esa incertidumbre es también invitación a la creatividad, a dar ánimo y esperanza.

## **Centro Teológico Manuel Larraín**

### **Grupo Experiencia de Dios**

**Jueves 21 de octubre de 2021**

Participan: Luis Hernán Errázuriz, Fredy Parra, Isabel Donoso, Samuel Yáñez, Diego Irrarázabal, Sylvia Vega, María Eugenia Góngora, Viola Espínola, Ana María Stiven, Ana María Vicuña, Carlos Schickendantz, Diego García.

La reunión se realizó en la misma semana del segundo aniversario del comienzo del estallido social, y ese día lunes se habían registrado hechos de violencia muy graves en Santiago. El

trasfondo de esos hechos, junto a la lectura del registro que el convencional Patricio Fernández está realizando semanalmente en El Mostrador sobre el trabajo de la Convención Constitucional, daba lugar a un contrapunto tanto en la descripción de la situación en la que estamos, como en las percepciones que nos provoca. Mientras los textos de Fernández instilan más bien y no sin cautela, una visión esperanzada del trabajo de la Convención Constitucional, los hechos del lunes 18 pusieron de manifiesto que también existiría en la sociedad un “ánimo destituyente” que no está representado en la Convención y que impugna su trabajo, lo que se ha traducido en funas a personas como Elisa Loncón o Giovanna Grandón (la tía Pikachú). La enorme abstención electoral contiene actores que no aspiran a ser representados, que se expresan a través de la acción directa y cuya agenda –en caso de haberla- es indómita. En el hipotético caso que triunfara en las elecciones un candidato de extrema derecha en un escenario de baja participación electoral, ¿podría controlar ese “ánimo destituyente” en condiciones de legitimidad?<sup>14</sup>

No obstante, se hizo también un alcance en cuanto a que ese “ánimo destituyente” no supone de suyo un punto de vista propiamente político (en el sentido que da lugar a una racionalidad estratégica con fines reconocibles y medios acordes a ello), sino un malestar no siempre inteligible y cuyo norte tampoco se aprecia. Podría tratarse de una rabia sorda que ha decidido no soportar más experiencias acumuladas y sistemáticas de humillación para las que nunca hay reparación, y cuyo propósito no sobrepasa el deseo de salir de la invisibilización y demostrar su propio poder retributivo (“ojo por ojo”). Así, por ejemplo, causó mucha perturbación el caso, esa misma semana, de la muerte de una motociclista que impactó contra una trampa (cables tendidos de un lado al otro de una calle), puesta aparentemente por manifestantes en La Granja<sup>15</sup>. En este caso, no hay ninguna proporción entre un hipotético propósito de autodefensa y el potencial de daño que se puede causar en sentido contrario, mostrando en la práctica un desprecio profundo por la vida ajena. Se hace un daño enorme a sabiendas (como en tantos otros casos de lanzazos de muy poca monta y con resultados de graves lesiones o muertes de los asaltados).

La pregunta que surgió entonces es si se puede enfrentar la humillación sin este caudal de violencia que no corrige sino que escala el conflicto y la destructividad. Pareciera tratarse de un revanchismo nihilista al lado del cual cualquier esfuerzo por desescalar conflictos es visto como traición (tal como ocurre con quienes participaron del acuerdo del 15 de noviembre de 2019 y que dio origen al proceso constituyente actual: “traidores”). En la vereda de enfrente, hay quienes tienen mucha premura en “condenar” lo que sucede sin darse suficiente trabajo de entender lo que pasa, como si se pudiera gobernar lo que no se entiende, protagonizando luego polémicas en que no es claro si el propósito es encontrar caminos para resolver los conflictos con justicia (que sería lo propio de una ejercitación de la razón práctica) o que

---

<sup>14</sup> Esta pregunta se formuló en esos términos a modo de exploración de una hipótesis. Obviamente, los resultados electorales posteriores cancelan la literalidad de la pregunta, pero no necesariamente la preocupación de fondo acerca del uso legítimo de la fuerza en la mantención de un mínimo, necesario e irrenunciable orden público. La misma precaución cabe hacer respecto de otras aseveraciones surgidas de la reunión y que el volátil comportamiento electoral de los meses siguientes obliga a contextualizar.

<sup>15</sup> <https://www.t13.cl/noticia/nacional/momento-accidente-moto-cable-acerado-la-granja-19-10-2021>

quede acreditado que el Yo del autor era el que tenía la razón desde siempre y para siempre, y que perezca el mundo a continuación<sup>16</sup>.

Por otra parte, “ánimo destituyente” sí puede encontrarse en otras partes y modalidades, como el propósito de obstruir procesos políticos que tratan de resolver mediante cauces institucionales y pacíficos los conflictos societales de fondo. Es lo que se advierte en la actitud obstruccionista de convencionales de extrema derecha, y que dan cuenta de una gran dificultad de este sector para aceptar reglas democráticas en las que toca aceptar ser derrotados y participar constructivamente en el juego de mayorías y minorías como conflicto regulado a través de la palabra y la argumentación. Remontándonos a nuestra historia reciente, el acto destituyente por excelencia es el golpe de Estado de 1973. La violencia de esa semana, en cambio, parece más anómica o ritual que política.

Así, admitido nuestro desconcierto frente a lo que ocurre, la reunión dio un cierto giro al examen de nuestros estados de ánimo, e hizo su aparición un convidado de piedra: el miedo. En efecto, hubo varias intervenciones que pusieron de manifiesto que estamos viviendo la incertidumbre actual con temor, específicamente el temor a una regresión al imperio de la violencia, ya no sólo anómica o insurreccional, sino directamente represiva. Los jóvenes parecieran no percatarse de esta posibilidad. ¿Son ellos los desaprensivos o somos nosotros los exagerados?

La memoria traumática de la dictadura nos ha acompañado y nuestra ansiedad con el presente se relaciona con la dificultad para vislumbrar formas de relacionarnos tales que los conflictos encuentren cauces constructivos e integradores, antes que la oferta de orden impuesto con mano de hierro sea aceptada por una población asustada y desmoralizada. En ese sentido, los textos de Patricio Fernández pueden ser releídos ya no solo como la expresión de un punto de vista ilustrado y elitista, sino como un esfuerzo de “esperanza performativa”, es decir, de construcción racional y deliberada de esperanza allí donde parece no haber motivos suficientes para ella. Sumidos en un momento social donde distintos signos de descomposición campean (desde la violencia urbana y la impunidad hasta la vulgaridad de la política o la corrupción de los organismos públicos y la elites privadas, pasando por la intoxicación del discurso en los medios de comunicación que manipulan y las redes sociales que agreden), y donde una posible lectura de la crisis pone el centro en el abismo que hay entre elites que no dan el ancho y una población cada vez menos dispuesta a tolerar el abuso pero despolitizada y cívicamente dispersa, la Convención Constitucional, mediante ensayo y error, podría ser el lugar para una recomposición porfiada de la amistad cívica y de mínimos civilizatorios que no por mínimos carecen de sustantividad moral. Por eso, ante el riesgo cierto que esta experiencia se descarrile sobre todo por la acción y el interés de contextos y

---

<sup>16</sup> Algo como esto se advierte tras la diatriba de Cristián Warken a Fernando Atria que dio origen, en esos mismos días, a una agria polémica en El Mercurio sobre la responsabilidad de los intelectuales en la violencia existente, en la que el maní saltó bastante lejos, sumándose, entre otros, Daniel Mansuy, Leonidas Montes, Iñigo de la Maza, Joaquín Trujillo. Mientras algunos intentan comprender lo que ocurre para a continuación encontrarle alguna salida (con más o menos tino, eso se puede discutir, evidentemente), otros incurren rápidamente en la impugnación *ad hominem* del adversario y en la ratificación tautológica de sí mismos.

fuerzas exógenas, lo que cabe es hacer una apuesta enfática por cuidarla, la que no excluye la simpatía crítica. Tal vez Fernández quiere transmitir eso.

Así pues, la construcción de esperanza afirma desde el comienzo que hay que posicionarse en favor de la reparación de los humillados, especialmente los que se encuentran fuera de nuestra zona de confort, y de una práctica de lo justo que construya un futuro integrador y no persista en una justicia solo retributiva que no puede restaurar el pasado salvo en un pensamiento mágico, y que a ratos desemboca en autotutela. Victimarios y víctimas tienen roles y responsabilidades distintas que desempeñar en la construcción de la esperanza, y no es un proceso fácil desprovisto de conflicto<sup>17</sup>. Fernández, a propósito del caso del convencional Rodrigo Rojas Vade, aspiraba a una sociedad en que se mire al adversario con buena voluntad, lo que incluye al victimario. Cuando hay tan poca evidencia de arrepentimiento y reparación en los traumas de nuestra sociedad, eso no es nada de fácil. Pero, ¿podemos dejar de hacer lo que nos corresponde a cada uno –sin poner como requisito previo la iniciativa del otro- a objeto de ir acercándonos tal vez lenta y asintóticamente a un horizonte de una comunidad reconciliada?

Por otra parte, así como el miedo ha jugado papeles positivos en el curso evolutivo de la especie alejándonos de peligros reales, contribuye también a comportamientos irracionales y destructivos especialmente cuando se funda en creencias infundadas. Hay miedos contruidos, y en consecuencia el discernimiento del miedo pasa por un examen de nuestras creencias y prejuicios. A modo de anécdota, el miedo a que los comunistas “manejen” al candidato Boric, siendo que, en la vida universitaria estudiantil, los comunistas son considerados de derecha y Boric se situaba a su izquierda. ¿Cuánta verdad hay en esas aprehensiones, y cuanto prejuicio? ¿Con qué evidencia contamos? ¿Es racional, a continuación, temer? Estas creencias y temores precisan de un examen pormenorizado.

Así pues, a modo de resumen provisional para una conversación en curso, podemos esforzarnos en conjurar nuestros miedos y dar motivos para la esperanza cuidando lo que construye y ampliando el universo de quienes puedan experimentar que tender puentes no nos disminuye a cada uno, sino que incrementa nuestras capacidades y posibilidades de vidas mejores partiendo de la base no atomista de que vivir es convivir. Esta “esperanza performativa” que ha sido detectada no tiene por qué ser alienante. Más bien, es el fruto de un ejercicio de razón práctica, que por definición procura que lo que aún no es, llegue a ser tanto como las posibilidades lo permitan.

## **Centro Teológico Manuel Larraín**

---

<sup>17</sup> Como sugerencia, se puede indagar en estas consideraciones sobre la ira vengativa y la justicia transicional, y la cultura del *Ubuntu* en la experiencia sudafricana de Verdad y reconciliación en Martha Nussbaum, *La ira y el perdón. Resentimiento, generosidad y justicia* (FCE, 2018), y Carolina Montero, *Vulnerabilidad, reconocimiento y reparación. Praxis cristiana y plenitud humana* (CTML – UAH, 2012).

## Jornada en las Brisas

**13 al 15 de noviembre de 2021**

Participan: Ana María Vicuña, Ana María Stuvan, Viola Espínola, María Eugenia Góngora, Sylvia Vega, Ximena Abogabir, Carmen Cecilia Díaz, Rodrigo García, Fernando Soler, Paula Petit-Laurent, Francois Meunier, Sergio Vergara, Fredy Parra, Jorge Costadoat, Carlos Schickendantz, Samuel Yáñez, Luis Hernán Errázuriz, Diego García.

### Bitácora de la Jornada

El día viernes y el sábado por la mañana los dedicamos a una bienvenida a la jornada, teniendo en consideración que para la mayoría de nosotros se trataba de un primer encuentro presencial después de un tiempo muy largo, por lo que había muchos lazos que retomar y experiencias que compartir y que la forma remota no suplía del todo bien. El foco de la conversación tuvo que ver con nuestra experiencia de dos años bajo condiciones extraordinarias, que han afectado todas las dimensiones de nuestra vida personal y social, poniendo en tabla situaciones inéditas, exigentes y paradójicas. El mapa cognitivo se encuentra muy tensionado y perplejo, procurando nuevas pistas de inteligibilidad a las que asirse. Un par ejemplos, de entre muchos posibles: Para muchos, la vida privada y familiar se vio enriquecida por la mayor posibilidad de pasar tiempo juntos, pero muy sacudida por la necesidad de replantearse la equidad de género dentro de la vida doméstica, y también dañada porque la vida juntos remitía al anillo de relaciones primarias más próximas, mientras que respecto de los círculos inmediatamente siguientes el corte de la convivencia ha sido muy drástico. Las muchas restricciones imposibles de prever hace dos años han ampliado para muchos la conciencia de formar parte de una sola humanidad pequeña en el conjunto del universo que va en un mismo barco, y podemos acercarnos con más empatía a, por ejemplo, la situación de las personas privadas de libertad. Pero ese mismo encierro profundiza la introspección y cierto olvido del entorno. Y así muchísimas otras reflexiones en todo orden de materias.

Nos ayudamos con algunas lecturas e informaciones: La encuesta *Chile Dice*, realizada por Critería y patrocinada por la UAH<sup>18</sup>; fragmentos del *Diario de un mal año extraordinario*, escritos de estudiantes de la UAH, editados por Rossana Fernández Frías en 2021, particularmente los “Diarios” de Aída Citlali Montaña. Además, algunos capítulos de *Pandemocracia*, de Daniel Innerarity (Galaxia Gutenberg, 2020). Fue sugerida también la lectura del *Diario íntimo de Chile. Letras mayores en tiempos de pandemia*, iniciativa de la Universidad de Valparaíso – Gerópolis, que registra breves bitácoras de adultos mayores de todas las condiciones imaginables, que dan cuenta de su vivencia de la pandemia.

La tarde del sábado vimos la película *The Father*, que trata del deterioro del ciclo vital durante la vejez<sup>19</sup>. Luego comentamos la película, y lo referente a la vida del adulto mayor.

---

<sup>18</sup> Se puede consultar la encuesta en <https://chiledice.uahurtado.cl/>

<sup>19</sup> <https://www.filmaffinity.com/cl/film701512.html>

Contra lo que suele pensarse, la mayor parte de los adultos mayores consultados tiene una opinión positiva de su propia condición vital y de las posibilidades que admite esa etapa de la vida. Los problemas de salud, aunque reales e importantes, no son necesariamente los más perentorios. Por ejemplo, la pérdida de una ocupación socialmente reconocida (que es más que la pérdida de ingresos) que se produce con la llegada de la jubilación, supone retos existenciales y sociales de gran calado. La identificación entre el sentido de la vida y el trabajo, propia de la sociedad moderna (“¿A qué te dedicas?”), es muy desafiante para todos quienes llegan a la edad de la jubilación con una expectativa de vida muy longeva y cada vez mayor, y habiendo tenido un entrenamiento cada vez más sofisticado y extenso para aportar creativamente a la sociedad. Por cierto, la película obligaba a reflexionar sobre la proximidad de la muerte, el anhelo de una vida vivida con sentido y aceptándonos cada cual a sí mismo en su trayectoria hacia una despedida en condiciones dignas, distinta de una sobrevivida extensa pero en condiciones no siempre humanizadoras.

La mañana del domingo conversamos sobre nuestra percepción del país, a una semana de la realización de las elecciones presidenciales y parlamentarias. Nos ayudamos con la lectura de una columna de Eugenio Tironi, “¿Qué busca conservar?” (El Mercurio, 9 de noviembre de 2021). Había ansiedad frente a la posibilidad de un escenario Kast – Boric (como lo estaban anunciando las encuestas), especialmente por el clima de crispación que se estaba instalando. Al interior del grupo había cierto acuerdo en considerar que el centro político había desaparecido por su tibieza y autocomplacencia, enamorado de sus logros de las últimas décadas y ciego a los déficits que el estallido social puso de manifiesto. Hay un deseo compartido de cambios profundos pero llevados a cabo cuidando la convivencia y no exacerbando los conflictos. Hay una preocupación especial por la situación de la Araucanía, y por la inclinación a la violencia que distintos grupos declaran abiertamente y que de hecho realizan de manera rutinaria (los viernes en Plaza Italia / Baquedano / Dignidad es el ejemplo más claro, pero no el único). Es un momento oscilante entre aspectos muy esperanzadores (la marcha del millón o el trabajo de la convención constitucional) y otros que producen horror (las violaciones de DD.HH. o la quema de Iglesias). ¿Cómo cuidar la democracia? ¿Cómo hacernos cargo que la democracia supone trabajo de nuestra parte, y no sólo buenos deseos desde una posición de espectadores que no toman responsabilidades? Se anhela un liderazgo transformador pero con sentido de realidad y tolerancia a la frustración. Que el norte esté claro y la ruta hacia él también, que se priorice correctamente privilegiando la situación de quienes han padecido más injusticia y postergación, pero que se sepa controlar la velocidad del proceso para que no se descarrile.

El término de la jornada puso de manifiesto la alegría por el re-encuentro. Quienes no participan regularmente del grupo mencionaron que, aunque podíamos ser intimidantes, al final del día se creaba un ambiente de mucha aceptación y acogida, y hubo quien, definiéndose como persona tímida, agradeció poder decir con franqueza sus ideas sin ser juzgado y ser escuchado con interés. Mención aparte para el lugar, y para varios la emoción de volver a ver el mar después de dos años. Se hizo la comparación con *La fiesta de Babette*<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> <https://www.filmaffinity.com/cl/film218348.html>

(alrededor de la mesa eucarística se produce la reconciliación entre los hermanos, con platos suculentos y alegría), pues es ha sido un momento de re-encuentro, reconciliación, reflexión con sentido de realidad y de esperanza.

## **Centro Teológico Manuel Larraín**

### **Grupo Experiencia de Dios**

#### **Jueves 13 de enero de 2022**

Participan: Sylvia Vega, Samuel Yáñez, Juan Pablo Jiménez, Carlos Schickendantz, Luis Hernán Errázuriz, Ana María Vicuña, Ana María Stuyen, Luis Oro, Diego García.

#### **Miscelánea y comentarios al acta anterior**

Esta era nuestra primera reunión presencial luego de dos años. La alegría del re-encuentro de quienes pudieron asistir condicionó parte de los contenidos y el estado de ánimo de la conversación. No fue fácil en esta ocasión contar con un hilo conductor identificable nítidamente. Fue momento propicio para compartir experiencias de dos años “on line” y de convivencia forzosa en el interior doméstico con nuestro círculo de vínculos primarios más estrechos. Ya hemos comentado anteriormente de manera tangencial cuánto de logro y de malogro se ha suscitado en las vidas cotidianas en los dos años con COVID. Con todo, no se ha perdido el buen espíritu, “al mal tiempo, buena cara”, y pese a las muchas pérdidas dolorosas, sobrevive el sentido del humor –algo caústico, todo sea dicho- como para agudas observaciones del tipo “un matrimonio se sostiene con ocho horas de trabajo al día”, u otras de la misma laya.

En el acta del mes de octubre se hizo uso de una expresión –dicha por una de las participantes de ese encuentro- que recibió un comentario entusiasta: “Esperanza performativa”. En enero, culminado el súper año electoral 2021 y especialmente la elección de Presidente de la República, y estando en curso la redacción del proyecto de nueva constitución que despierta aprehensiones de diverso tipo según desde qué lado del espectro se formulan, “esperanza performativa” fue bien recibida en contraposición al surgimiento de un “amarillismo” militante. El folclore político chileno ha acuñado términos que fueron utilizados en esta oportunidad: “Esperanza performativa” traduce de manera más feliz lo que sería un amarillismo auténtico y positivo, distinto del que algunos están organizando públicamente. No se puede ser amarillo sin haber sido rojo primero. Lo propio de este amarillismo auténtico es que deja atrás la literalidad del radicalismo de antaño, y manteniendo lo sustancial de sus propósitos es capaz de tomar distancia crítica (incluso irónica) y situarlo en una nueva disposición al diálogo y a la escucha del diferente. Es perseverar en los propósitos, pero con mayor conciencia del sentido de realidad que le pone obstáculos y obliga a ser más cautos e ir más lento aun cuando conservando el sentido de la urgencia a la hora de priorizar, dejando atrás el dogmatismo, el voluntarismo y el sectarismo. En cambio, hay ciertas apelaciones

actuales al amarillismo que son inmovilistas, conservadoras y, en ese sentido, no post-rojas sino “momias”, sin más.

El resonante triunfo de Boric en segunda vuelta (en un vuelco tan impactante respecto de su resultado más bien modesto en primera vuelta) ha mostrado en él rasgos de aquél amarillismo auténtico. El reparto del naipe le da poco juego: Sin mayoría en el Congreso, con un difícil escenario económico-social y, cabe esperar, con las adicionales restricciones que le pueda significar la actual situación internacional, Boric ha mostrado rasgos de mucha sagacidad para construir posibilidades dentro de los marcos estrechos que le ofrecen las circunstancias. En su caso, arrastra una biografía donde las acusaciones a su amarillismo son recurrentes. Pero su destreza no es solo lo que parece ser una buena muñeca para sortear dificultades de corto plazo, sino la persistencia de miradas de plazos más largos para auscultar procesos de fondo que persisten más allá de la anécdota y de la guerrilla política y mediática diaria. Su triunfo en segunda vuelta trajo alivio y esperanza en varios en el grupo, no sólo por haber conjurado a un adversario que era visto como una posible involución, sino porque él mismo en las pocas semanas transcurridas desde las votaciones ha estado por encima de las expectativas. Cabe desear –y contribuir a- que no se le suban los humos a la cabeza, lo mismo su círculo más próximo. A veces pequeños gestos que sí están a su alcance –al modo del papa Francisco en su momento de asumir el pontificado- pueden ser estímulos muy significativos para inaugurar un ciclo nuevo donde nos permitamos pensar de otro modo las cosas e imaginar futuros posibles más humanizadores. Se hizo alusión al “*reframing*”, que se produce en el contexto terapéutico, es decir, la capacidad para encontrar nuevos significados en las situaciones, que permiten aperturas a posibilidades constructivas, sacar lo positivo de lo negativo, lo fecundo de lo que parecía estéril. La esperanza es siempre re-constructiva, y emprende el camino hasta donde Dios quiera arando con los bueyes que hay. La analogía es interesante mirando esta nueva cohorte de dirigentes para quienes la fe no parece ser un rasgo dominante en su participación en la esfera de lo público, pero que algo parecen estar diciéndonos también a los creyentes<sup>21</sup>.

### **El cristianismo: ¿Esperanza pequeña o grande en qué?**

Continuando con la esperanza, se dieron opiniones bien diversas y que alcanzaban distintos aspectos. Había opiniones escatológicas, y otras situaban los motivos de la esperanza en dimensiones muy mundanas. Por ejemplo, hubo quien consideró que el cristianismo es una pequeña y poderosa esperanza relacionada con el sentido de nuestra existencia individual más allá de la muerte. Pero también se dijo que esta esperanza no era pequeña, sino muy grande, y que incluía los aspectos más mundanos de nuestra vida. Más aún, hubo quien dijo ya no creer en que nuestro yo individual y su existencia biográfica podrá vencer la muerte (como mucho, habremos de dejar algún testamento espiritual como recuerdo a nuestra

---

<sup>21</sup> Se recomendó la siguiente entrevista a Carlos Ruiz, sociólogo y miembro del Frente Amplio, donde ofrece algunas claves para interpretar el momento político y el lugar de la nueva generación que asume la dirección del gobierno: <https://www.theclinic.cl/2022/01/12/carlos-ruiz-y-futuro-gobierno-de-boric-hay-que-ser-muy-cuidadoso-de-elegir-que-batallas-se-van-a-dar/>

posteridad), mientras que para otros precisamente esa creencia es muy nuclear para identificar la novedad del cristianismo, que estaba siendo anunciada desde el siglo II a.C. en el libro de los Macabeos. El Dios justo resucitará personalmente a quienes fueron martirizados por su fidelidad (2 Mc 7, 36: “Nuestros hermanos, después de soportar un sufrimiento pasajero, gozan ya de la vida eterna que Dios ha prometido; tú, en cambio, recibirás de Dios el castigo que mereces por tu orgullo”). Y, claro, si esto no es así, entonces “comamos y bebamos que mañana moriremos” (1 Cor 15, 32).

A tal punto las opiniones fueron diversas que al decir alguno que ya no se consideraba creyente, hubo otro que sostuvo que era difícil establecer una frontera nítida entre creencia e increencia y que quienes cumplen con el modelo del buen samaritano se comportan como creyentes auténticos. Ese relato es, en ese sentido, desconcertante. Preguntado por el camino para alcanzar la vida eterna, la respuesta de Jesús es mundana y la más universal de las experiencias éticas (es decir, no privativa de ningún credo ni escuela religiosa o filosófica o nacional): amar al prójimo (Lc 10, 25-37). Esta conversación –y sus desacuerdos aparentes– es aporética o, más modestamente, está imposibilitada de darle la razón a nadie: La esperanza cristiana lo es de que la biografía intramundana de cada cual está abierta a la posibilidad no verificable de una existencia más plena. Eso que el creyente cree precisamente lo cree porque no lo sabe, mientras que el no creyente no puede negar la posibilidad de que podría terminar llevándose una sorpresa. Desde luego, la diferencia entre uno y otro está en las diferentes expectativas con las que se vive la existencia, pero la coincidencia en la praxis (amar a los semejantes) nos ayuda a vivir esa diferencia comprendiéndonos y apoyándonos, respetando los trayectos personales de un modo inclusivo. Tal vez lo que para unos es un anhelo de trascendencia, para otros es una pregunta sobre ella, y en el nivel de la pregunta seguimos siendo compañeros de camino. La pertenencia a este grupo ha podido ser eso para varios de nosotros. Mientras que a unos le fe es lo que los sostiene, para otros la fe es lo que se busca. Quizás el reproche de Jesús a los discípulos en el episodio en que calma la tormenta (“Hombres de poca fe, ¿por qué tienen tanto miedo?”, Mt 8, 23-27) en grupos y comunidades como el nuestro admitiría una interpretación del tipo “Flojos, ¿por qué deciden no buscar?”. Más aún en un tiempo como este, en que mueren tantas certezas –como el Dios de la razón–, en medio de la crisis y la incertidumbre, cuando todo está revuelto, surgen como grandes oportunidades los anhelos de trascendencia, que comienzan en salir del ensimismamiento, en la apertura a la presencia del prójimo y la posibilidad de tender puentes con él, con su necesidad y la nuestra.

Rezar por la salud de una amiga o un desconocido es una forma creyente no de asegurar un intercambio mercantil con Dios todopoderoso para que sane al enfermo a cambio de nuestros rezos dedicados a su mayor gloria, sino que es poner de nuestra parte para que a ese enfermo no le falte el auxilio de la comunidad, aunque ese auxilio no alcance para que termine de sanar su biología. Hacer de nuestra parte para que nadie se quede solo es un gesto muy creyente en orden a que vivir humanamente tiene sentido, porque así como buscamos un Dios que no nos deja botados, aprendemos de él que nosotros podemos no dejar botados a quienes nos rodean, y justificar con ello la esperanza en una humanidad –creyente e increyente– que vale la pena.

Mientras se estremecen las instituciones en una entropía de la que no saben cómo salir –la Iglesia incluida- y los signos de muerte parecen fuertes y poderosos, de abajo hacia arriba también se ha ido acrecentando lo que no cabe sino considerar la presencia del Reino: una mayor conciencia eficaz a favor de los derechos humanos, del cuidado a los más débiles hasta en los sitios más apartados, una resistencia a todo tipo de abusos, puentes hasta hace poco inimaginables entre los credos religiosos para trabajar juntos en favor de la paz y del cuidado de la tierra, la irrupción de la mujer en la sociedad y la Iglesia. Este Dios que se oculta, que no es exhibicionista, nos hace llegar el recado de que cuidemos unos de otros, que así es como el mundo va para adelante.